



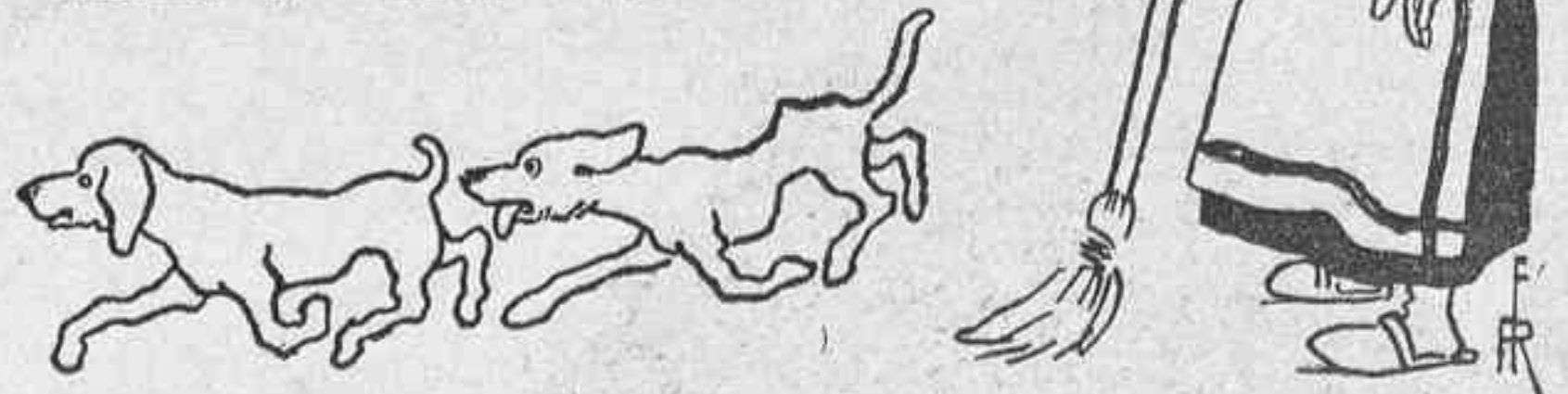
20 cts.

«Tengo un viejo verde»

V. Gáiner



CHARLA SEMANAL



La ascensión a las más altas cimas del poder tiene también sus graves inconvenientes.

¿Acaso habrá cosa más turbadora, abrumadora y atormentadora que sentirse blanco de las miradas, objeto de la expectación de todo un pueblo, sentir la angustia de ver cómo tus más inconscientes gestos y ademanes son espiados y comentados por la gente, y cómo muchos millones de seres se fijan en tí inquisitivos, fulgurando amenazas y reproches?

A D. José Canalejas y Méndez, nuestro eximio Presidente del Consejo, ocurrele este caso durante los actuales momentos históricos en que tan arduos y complicados problemas sensacionales conmueven nuestra nacionalidad. He aquí que el Sr. Canalejas subió al poder después de haber estado haciendo durante largos años estupendos y maravillosos equilibrios políticos, y todos pensamos en el advenimiento de una época de paz al amparo de la sacrosanta libertad y al abrigo del concienzudo programa del prohombre. Pero la inquieta y perturbadora ironía que pone su comentario burlesco en todas las cosas, no ha querido ser piadosa.

Acaso pensará D. José en estos momentos trascendentales en el tibio y confortable retiro de su bufete, en las doctas y amenas tertulias del Ateneo y aun en sus tempraneros paseos matinales portando con un modesto ademán de despreocupación su bastoncito y vistiendo con cierta holgada y pueril desenvoltura revolucionaria su chaqueta niveladora. ¡Oh, la Ironía, la Ironía, ariete formidable de los polichinelas!

El cronista piensa con estupefacción en la fina sonrisa de escepticismo y mundanidad que se dibujará en los labios sutiles de D. Antonio Maura y en el rostro redondamente plebeyo y sanchesco del señor La Cierva.

Nadie puede substraerse durante estos días a comentar los acontecimientos a su gusto y a descargar todas las responsabilidades sobre la cuitada cabeza del presidente. Pero donde más se observa la exaltación del comentario es en los corros y piñas de los cafés, lugares de holganza, muy a propósito para edificar patria. Allí se reúnen esas buenas gentes sencillas que dejan transcurrir su vida en un adormecimiento oriental. Apenas pasada la hora del yantar, van acudiendo a estos lugares jóvenes, viejos, ricos, pobres, de todas las carreras, de todas las profesiones, de todos los oficios. Las mesas blancas van rodeándose de bultos que beben lentamente su café y arrojan por la boca espirales de humo azulado con un gesto sensual. De repente, uno de ellos apura el último sorbo de su taza y adoptando un ademán épico grita:

«¿No saben ustedes lo que dice de esto Canalejas?»

Doce, catorce, veinte pupilas se fijan en él fulgurantes; doce, catorce, veinte labios se contraen en un rictus hosco, y se fruncen amenazadores seis, siete, diez entrecejos de los que no saben nada acerca de lo que tan fieramente se anuncia. Y cuando ya la terrible revelación ha sonado, todos exclaman indignados: «¡Esto es inicuo!» «¡Esto no

es país!» «¡Qué dirán los jiores de esto!» El médico, el empleado, el comerciante, el abogado, el maestro de obras, el militar retirado, el estudiante, ponen el grito en el cielo.

¿Cuál será la causa de tal exaltación? ¿Qué será esto? ¡Oh!, el médico no habla de dolencias, ni el empleado de la administración, ni el comerciante de asuntos mercantiles, ni el abogado de pleitos, ni el maestro de construcciones, ni el militar de epopeyas, ni el estudiante de estudios. ¡No, Santo Dios, allí sólo se habla de Canalejas!

Cada contertulio, como aquel glorioso hidalgo don Alonso Quijano el Bueno, tiene su consejo para que, usando de una prevención, pudiera destruirse la potestad del turco, no ya la del moro.

Si el alto prestigio de las mesas no hubiera necesitado del paño de los mozos, ¡cuántas sentencias, cuántos consejos y enseñanzas hubieran hallado allí escritas los gobernantes españoles con que salvar a este amado país! Y la elevada misión de los terrones de azúcar, simulando estratégicos movimientos, evoluciones y supuestos tácticos, para ir a endulzar luego la infusión casera del desayuno.

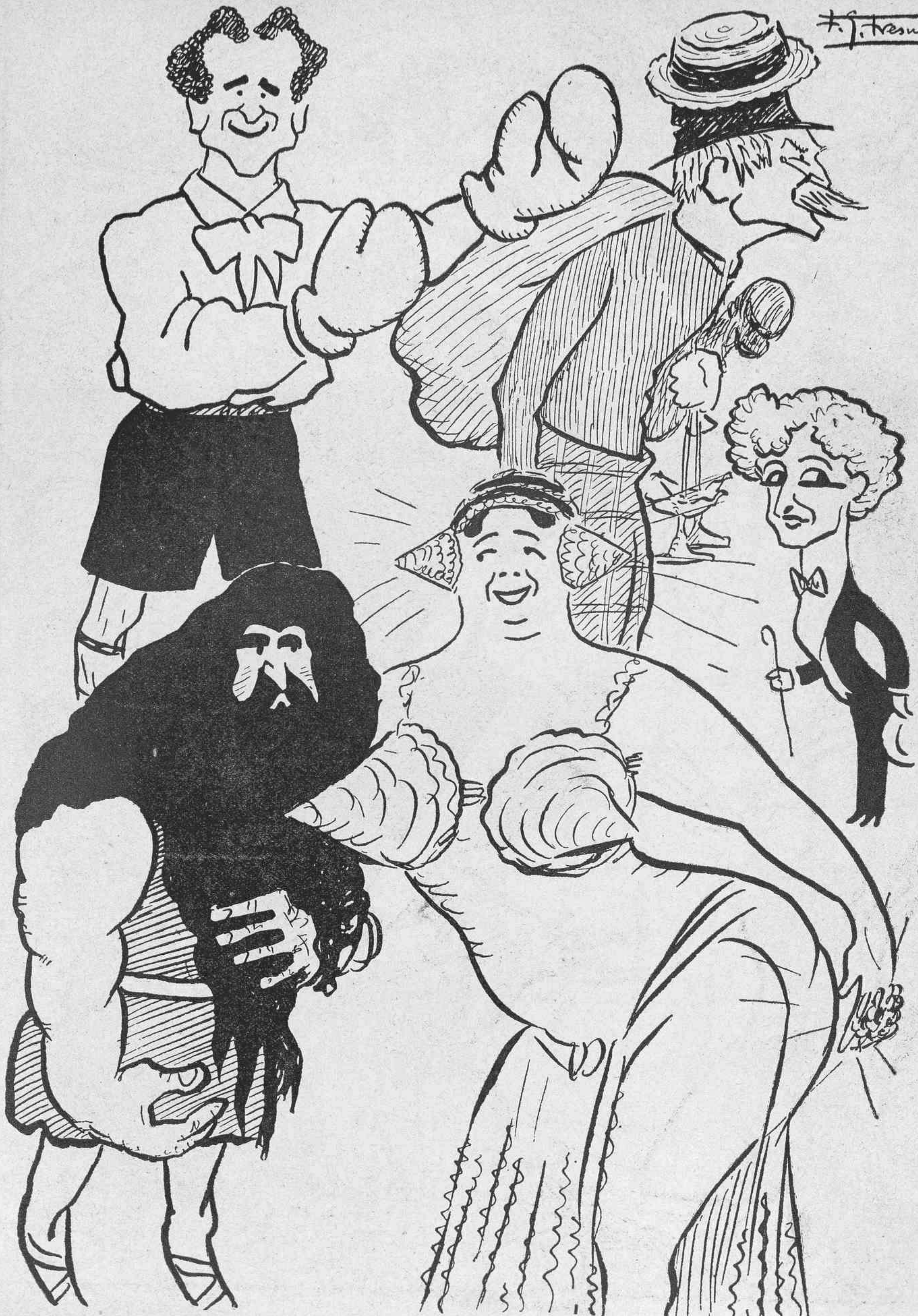
En los cafés se traban las más encarnizadas disputas. Hay quien no tolera que los obreros no acudan al llamamiento del cuerno en las minas, y perora a grandes voces, hasta que los oyentes tienen que mandarle al mismísimo cuerno. El inevitable chistoso de todas las reuniones saca consecuencias del valor cívico-religioso del obispo de Dora... para *dorar* unos cuantos chistecitos a los amigos, y, en fin, los pedagogos se lamentan de que todo venga a redundar en el cierre de escuelas. Los hombres pusilánimes y pudientes, esos seres fabulosos que usan durante la invernada unos inconcebibles gabanes de pieles, miran con cierto pavor a esos sujetos de aspecto patibulario que amenizan la Puerta del Sol durante los *días gordos*. Son los que más se lamentan de las circunstancias, y piden a Canalejas que despeje el camino por donde han de pasear reposadamente sus panzas hídricas.

Y, entre tanto, el presidente del Consejo añorará melancólicamente durante sus horas de insomnio aquellos tranquilos y tonificadores paseos matinales por las frondosas avenidas del Retiro, pensando tristemente: ¡Si lo llego a saber, antes esquirol!

Antonio Roldán.



F. Fresno

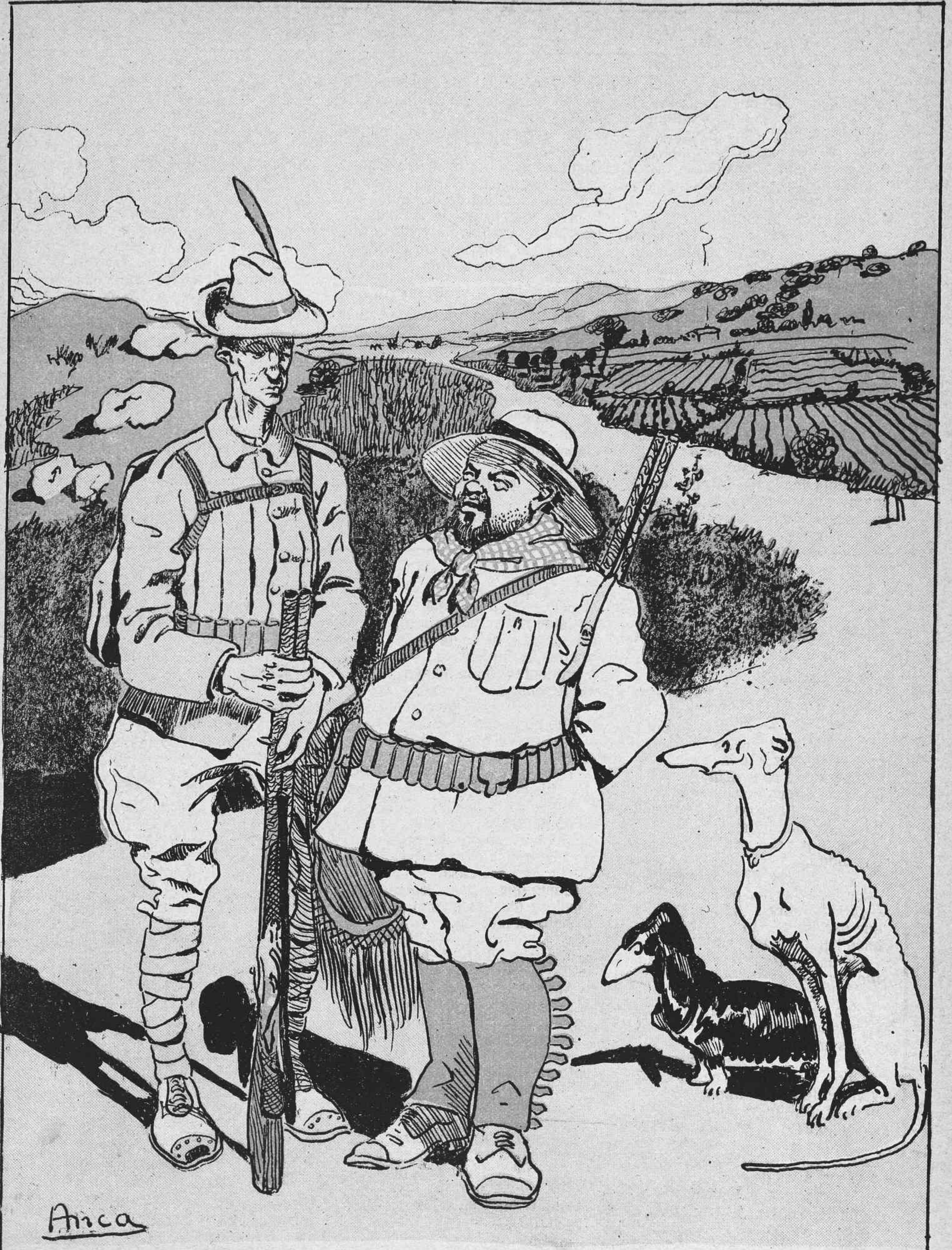


SUS INTERPRETES, POR FRESNO



BUENA PESCA, por Méndez Álvarez.

DE RE CINEGÉTICA, por Anca.



Anca

— ¿Volveremos mañana?



No voy á tocar, hermosa dama, al velo delicadísimo que circunda y ciñe y moldea la longitud y latitud de tu piel satinada. No; no voy á tocarlo, ni, aunque es sin duda función sacerdotal, á levantarlo.

Sólo tú esposo tiene derecho inflexible ante ese velo.

Pero otros, más profanos, más exteriores, más visibles, protegen tus bellezas, á medias ocultándolas, descubriéndolas á medias. Manejo sabio, astucia deliciosa, aguijón en acecho del deseo.

Posees, ¡oh tú, beldad española!, una prenda encantadora, un velo hechicero con que realizas tu tocado. La mantilla. Quiero de este velo hablarte, quiero decirte cuatro palabras al oído. Este velo, que tú, sola tú entre todas las mujeres del orbe, sabes prender en torno de tu cabeza de diosa como una nube de azahar—si blanca es la mantilla—, ó como una niebla de plumas de cuervo—si negra—, está á mi alcance; esto es, puedo verlo, admirarlo, someterlo á

confesión de secretos dulcísimos, de que ciertamente más de una vez habrá sido testigo.

Ha llegado la Cuaresma. En tu corazón, á pesar de las frivolidades mundanas, de las ilusiones amorosas, de los deleites corporales; bajo las cenizas de los desengaños, arde todavía una chispa de las místicas idealidades de colegiala. Y te dispones á arrodillarte ante el tribunal de la penitencia. Y con el libro de rezo, y con el rosario, té acompañas de la mantilla, de la mantilla negra.

Pero eso es una profanación. ¡Si tuviera palabras ese finísimo tejido de seda! ¡Qué declaraciones no haría al cura!

Pero, para mí, tiene voz, y oigo revelaciones de ternísimos misterios.

—No necesita—dice mi dueña—, de mi auxilio para dejar con su presencia heridos de muerte á los sensibles galanes.

Su arrogante hermosura es como un sol de estío; ciega á quien la mira. Pero hay momentos, los más solem-

nes de la vida, pues son aquellos que se consagran al amor, en que ese deslumbramiento sería inoportuno. Al acudir por vez primera á una cita nocturna, asoma á las mejillas el carmín del pudor; los labios se niegan temblorosos á pronunciar libremente la salvadora consigna «yo te amo» que abre la puerta á paradíseas venturas; los ojos no se atreven á recrearse de frente en los del amado. Mas, entonces, yo hago valer mi mágico oficio. Y bajo mis pliegues de transparente sombra, la bella cobra audacia, brillan sus pupilas en su plenitud, sus labios sonríen entre francas promesas, sus mejillas palpitan solicitando el beso aun á través de mi urdimbre complaciente.

Ya lo has dicho. La complacencia es tu sino. Lo mismo vas á perfumarte de inciensos religiosos que á abrasarte entre suspiros sensuales. Pero te adoro. ¡Te he sentido tantas veces cerca de mi aliento apasionado!

José de Siles.

CUADROS MADRILEÑOS

Bronca en el siete.

—¡Soo pendón!
—¡Zarrapastrosa!
—¡Vieja chula!
—¡Poca lacha!
Más valía que tuvieses más vergüenza y te lavaras un poquito la *concencia* que la *tiés* llena de manchas.
—¡Pue *usté* hablar! Que *tié* seis hijos y *tóos* de distinta raza.
— Como que estuviste tú teniendo la...
—¿Sí? ¡Caramba!
—Por eso das los detalles.
—¡Mía la muy!... ¡Si no mirara que *pueo* perder lo que á ti hace tiempo que te falta!...
—No hay *cuidao*, ya lo *tié* *usté* *tóo* *perdío*.
—¡Mía la santa!
¡Y eso que está con un cural...
¡Y, según algunos, d'ama!
—¿Es envidia?
—Son cabezas de ajos. Como peino canas y ya no tengo tus años ni tu tipo ni tu gracia, ni tengo esos *atractivos* tan *abultaos*, qu'hacen falta *pa* dar gusto al sacerdocio *ú* séase, á los de sotana, como, por ejemplo: hacer siempre lo que el *páter* manda;

(1) Inédito.

llevarle, *mú* tempranito, el chocolate á la cama; no tener novio, y, si acaso, el sacristán, qu'es de casa y, además, inofensivo y prudente y *tié* la manga *mú* *desahogá*...
—Que se chinche la que no pueda.
—¡Qué lástima d'horca!
—Sí. *Pá* ahorcarla á *usté* por chismosa.
—Calla, calla.
Si d'allá, de barrios altos, t'han *expulsao* por marrana. Si, como dice el cantar, el aire barre tu casa.
—Como que m'hace *usté* la limpieza *toas* las mañanas. Si bajo, la muerdo.
—¡Chucho!
—¡Ay, mi madre!
—¿A que no bajas?
—Anda, baja, moño al trote.
—Suba *usté*, qu'igual distancia hay del patio al corredor que viceversa.
—¿Por qu'hablas entonces? ¿Di, sóo pendejo?
—Guárdate la lengua en salva sea la parte y no gruñas; que tú la *tiés* algo larga y eres *mú* gallina en *toa* la extensión de la palabra.
—¡Qué miedo! Vecinas, ¡ojo! qu'ha *llegao* ahora de Java la pantera que se come los cadáveres en salsa.
—Vecinas, que va á pasar

la procesión. Salgan, salgan, que ya vienen los pendones... ¡y que vienen con la manga!
—¡Vieja chula!
—¡Gallineja!
—¡Celestina!
—¡Poca lacha!
—¡Chochal!
—¡Chucho!
—¡Penco!
—¡Pingol!
—¡Vieja!
—¡Sota!
—¡Golfal!
—¡Guarral!
Aureo Gamba.



DETABULLO LITERARIO



Leído *El chico del cafetín*, sainete de Antonio Asenjo y Angel Torres del Alamo, obra premiada en el concurso del Ayuntamiento y que se aplaudió durante cien noches en Apolo. El ejemplar tiene una castiza portada de Robledano.

El sainete, señores míos, es un arte superior. Yo creo que todo ciudadano es capaz de escribir una pieza teatral, y de cualquier desconocido tengo el justificado temor de

que me *coloque* un drama; todo el mundo, pues, tiene su juguete, su drama y hasta su tragedia inédita; pero la pluma pecadora sabe detenerse respetuosa ante el sainete.

Cualquier mancebo de farmacia puede urdir una fábula de amores contrariados con la complicación de una tempestad, un traidor y una joven virtuosa y desgraciada. De estas obras á cuyo final triunfa la inocencia, así como de los dramas históricos en versos vacuos y de juguetes cómicos en que invariablemente se confunde al novio con el médico, hay un tesoro en los pupitres de los covachuelistas y en los armarios de las empresas. El sainete es tarea más alta, y para ello es preciso tener la cualidad que Goethe exigía al artista: *tener ojos que vean la realidad*.

En el arte de hacer teatro, el sainete posee la mayor honradez, es la realidad palpitante, el perfil preciso, la visión jocunda de la vida que pasa á nuestro lado, un poco grotesca y caricatural, como caricaturales son los hombres que conocemos y el sentido de sus vidas vulgares, sin que la excesiva acentuación de lo bufo deforme el serismo de los perfiles y robe su naturalidad al ambiente.

Porque el sainete es, en esencia, el arte de la naturalidad; también es, en cierto modo, crónica de una época en que no son sino sainete esas interpolaciones cómicas de las tragedias shakesperianas, los entremeses y los pasos de las clásicas comedias de intriga, desde la carreta farandulera de Lope de Rueda hasta las creaciones metafísicas, teológicas y caballerescas de Calderón y Lope, en que siempre una doncellona y un criado pícaro y discreto bordan donaires de sainete en la jácara de su parlería.

El Duque de Rivas ha trazado escenas sainetescas de primer orden en su *Don Alvaro*: tal el aguaducho del Puente de Triana con el canónigo, la gitanilla y el majo, y la cocina del mesón de Hornachuelos, jugoso y admirable cuadro de costumbres y prodigio de ambiente lleno del arte de la naturalidad.

Sabemos de los comienzos del siglo pasado, con toda justeza y diafanidad, por los sainetes de D. Ramón de la Cruz; Escalante nos ha dado la gracia socarrona del alma valenciana, y D. Ricardo de la Vega ha robado al arroyo sus chulonas y sus truhanes, los chulapos de rum-

bo, sus comadres parleras y sus vecindonas entrometidas que convierten la rua en sabroso mentidero mientras queman al sol sus honradas greñas.

El primer cuadro del sainete de Asenjo y Torres es el interior del cafetín. Tal vez es en la plaza de la Berenjena ó en la cabecera del Rastro donde se alza este palacio de la gallofa, hospedería de la Casualidad y solar de las hambres y las miserias entre vayas de lo fino, que así debe llamarse en puridad lo que denominan *timo* y *camelo* y *rentoi* en las pintorescas aulas de Lavapiés y en el solar de la casona de Mesón de Paredes los catedráticos del *cané*, hermanos de la piadosa cofradía de *Viva la Virgen* y caballeros de la Orden de la Trampa adelante.

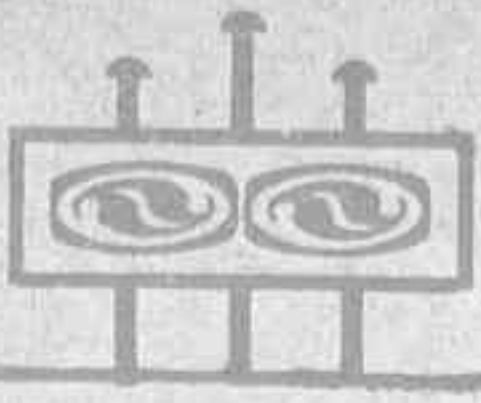
En este primer cuadro del admirable sainete tendréis el gusto de conocer á los comerciantes de *la Jamaica*, que así se llama á las *colosas* en esa pintoresca sucursal que la Tabacalera posee en la misma puerta de las *grandiosas Américas* del Rastro. También pasarán ante vuestros ojos el clásico borracho republicano—ved que no hay un solo borracho que sea conservador, cosa que honra mucho á la distinguida clase de beodos—, el auriga filosofante y el vagabundo que pernocta junto á la verja de Cascorro, y la *golfa*, «en el mejor sentido de la palabra», que ha dormido todo un verano debajo de Mendizábal; también veréis á esas dos altas damas venidas á menos con sus rostros gemelos y sus trajes unánimes, que la jácara popular ha obsequiado con con el remoquete de las *Hermanas Catafalco* ó *de la Vela*.

El segundo cuadro es el interior de la casa del señor Anastasio, honorable ropavejero de la Ribera de Curtidores. Como el primero es el cuadro de mejor ambiente y más justeza y finura de observación, este segundo es más armónico y más completo, con una generosa vena de humorismo y de gracejo, riqueza de detalles y de situaciones cómicas, interesante, limpio y risotero.

El tercero sucede en pleno Rastro por la mañana, á la hora del bullicio y del chalaneo. Allí se desenlaza la fábula sencilla y corriente, entre un pintoresco desfile de escenas castizas y jocundas. Veréis allí á nuestros amigos los de *la Jamaica*, que están en el centro de sus transacciones mercantiles; también pasará la cantatriz ambulante, alondra de las plazuelas, cantando alguna tonadilla popular, y el hombre parlanchín que vende confituras, y sonarán los pregones del trapero y de la tripicallera en plena alegría de sol y de bullicio de mañanita madrileña.

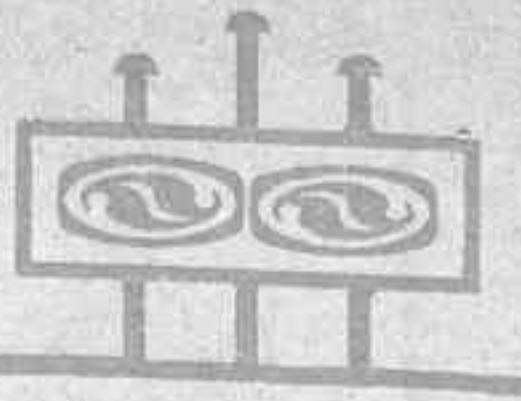
El chico del cafetín es un precioso sainete, justo de observación y de ambiente y con muchísima gracia en los diálogos y en los tipos.

Emilio Carrere



"LA MORUCHA,"

Habanera de la aplaudidísima zarzuela, letra de Adolfo S. Carrere, música de los maestros Quisilant y San Felipe.



Canto
y
Piano

Moderato

ff

Lindarosa

pp

con ca-ri-ño y con mucha dul-zu-ra se le be-sa en la bo-ca pri-

Muy Moderato

pp

rall:

mero y entre tanto los brazos se - ci - ñen con ar-

(altra corda)

Lindar Odalescos

rall:

atpō

Lind:

diente pa-sion à su cue-llo y po-niendo en los o-jos mi-ra-das que les

Forciss

Brinda de-li-cias sin fin has de ver q'atras plantás se rin-



LAS SIETE ZORRAS



CUENTO VIEJO

—Esta mañana—decía á los mozos del lugar uno de ellos que guardaba la costumbre general de hacer de un grano de arena un monte—fui á trabajar á la viña que tenemos lindante á la de Colás, y á las diez, escasamente, con asombro ví pasar siete zorras todas juntas buscando qué devorar y corriendo cual demonios.

—¿Siete zorras? No las hay en tó el término—replica otro mozo.—¡Quita allá! —otro dice—; ¡vaya un modo que tiés de desagerar!

—Chiquios—objeta el primero—,

las habré contado mal; pero si no siete, cinco sí que eran, puedo afirmar.

—Cállate—dice un tercero—, que lo que es ésta, sabrás que no pasa.—Pues no miento. Lo más que puede pasar es que fueran sólo tres.

—¿Dónde has visto tú en jamás que las zorras vayan juntas?

—No me gusta porfiar, y tal vez fuese una sola que me han parecido más. Como yo estaba muy lejos, y además la condená corría por el camino como un tren, no es de extrañar que el polvo que levantaba me hiciese calcular mal;

¡pero era una zorra así!

—¿A las diez, donde Colás?— dijo asombrado otro mozo que acababa de llegar—.

Vengo yo de mi terreno que, como sabéis, está al ladico del camino y no la he visto cruzar. ¿No sería mi sombrero de paja, que una ventá fuerte del aire que hacía me lo ha llevao la mitad de la carretera alante haciendo un polvo infernal?

—Chiquio, sería el sombrero; ¡no me gusta porfiar!

José Lloret.

A UNA SEÑORITA QUE SE LA ESCAPO EL CANARIO

Esta mañana he sabido que está usted triste, Rosario, porque se le fué el canario, aprovechando un descuido.

Fuga tan inesperada lamento, y hasta no dudo que tras un golpe tan rudo se sienta usted anonadada.

Si con alto desconsuelo le vió al espacio volar, ¿cómo atreverme á dudar que su pena es... *de alto vuelo?*

¡Tanto que usted lo mimabal, siempre á sus gustos sumisa, y marcharse tan aprisa, tan aprisa que volaba.

¡Por menos hay quien revienta! Fué un ingrato... ¡voto á mí!... un pájaro que obra así es un pájaro... de cuenta.

Vale más ir á las malas con esa gente que pía;

jamás usted le reñía, y es claro, le *daba alas*.

Yo, si he de serle sincero, confío que arrepentido volverá, si ha comprendido que obró... *bastante ligero*.

Quizá permanezca ausente dos ó tres días lo más; ¿no se habrá ido quizás para ver algún pariente?

Si mi interés no la enoja, yo la aconsejo que abierta tenga unos días la puerta, por si volver se le antoja.

Tengo en mi casa un jilguero y tiemblo sólo pensar que se me pueda escapar con tanto que yo le quiero.

Mil veces yo la advertí que la jaula no la abriese, y usted... ¡como si lloviese! no hacía caso de mí.

Pues el mío será en vano que pretenda darme jaque; prometo, cuando le saque, no dejarle de la mano.

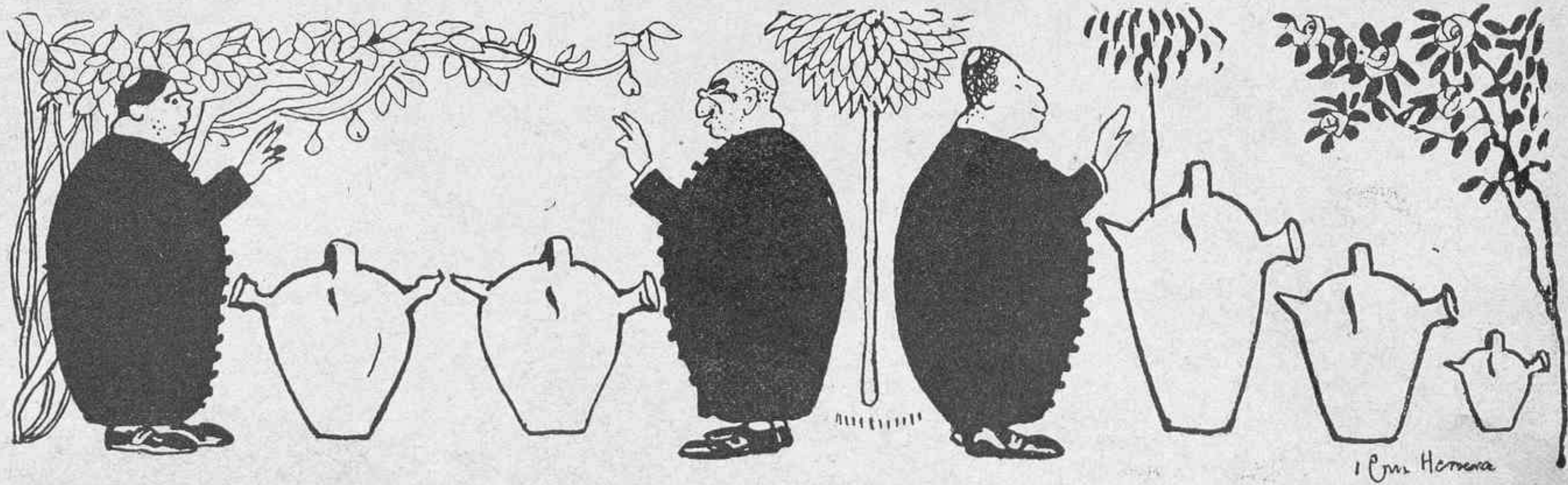
Su canario era muy mono y era notable cantor; lástima que á lo mejor se haya salido... *de tono*.

Recuerdo con embeleso cuando el lindo pajarillo, aproximando el piquillo le daba en la boca un beso.

Claro está que le envidiaba siendo su boca tan bella, y maldecía mi estrella porque yo... *jamás picaba*.

Pensando en esto, Rosario, si usted no lo toma á mal, me ofrezco á ocupar formal la plaza de su canario.

José Campos.



Emma Herrera



Mendez
y Varez



¡Cruz Herrera.
Madrid.

—¿Pero está usted colando el café en un calcetín?
—No se apure la señorita: ¡si estaba seco!

EL MALEFICIO DE LA LUNA

I

Lady Darsén será siempre para nosotros Laurita. Laurita que pasó fuzgamente por nuestra vida, por la vida de este Madrid pintoresco y paradógico, será siempre para el espíritu como una aparición celeste, como una luz de alba, como un recuerdo amado, como el perfume de una flor.

Muchas veces la hemos visto en los salones aristocráticos, en los bailes de embajada, silenciosa, con los ojos extáticos y la sonrisa de luz, oyendo sin escuchar, la plática galante y rendida de un caballero, acaso un amator, mientras ella sentía muy adentro otra música más inefable, canto dormido que no había sabido despertar ningún eco de amor espiritual y romancesco que sonara como una dulce melodía entre los gritos banales de la muchedumbre.

Porque Lady Darsén era una gran romántica—tal vez por influencia de lecturas sentimentales,—que vivía fuera de su tiempo, descentrada de la realidad actual fría y escueta y desoladora, evocando tiempos de lírica y epopeya, hazañas y versos, broncecillos cincelados y tablas marmóreas que cantan bellas y nobles cosas, tiempos lejanos de donde llega el eco de un sonar de clarines, de tañir de campanas, de suspirar de madrigales. Tenía la imaginación andantesca y voladora quizá porque la única misión de ella fuera volar como una inquieta mariposa por el florido vergel de la vida, campos propicios donde lucir la policromía de sus alas á los oros del sol. Era pues, su imaginación inconsciente, voluble y tornadiza, inquieta y andantesca. Pero como era toda feminidad, no gusraba de las alturas aquilinas. El poema la asustaba. Prefería la fugaz y graciosa galanura de un soneto. La encantaba la elegante y refinada decadencia. Hubiérase dicho que había vivido los gloriosos tiempos del rey sol. precursores de aquellos otros días que vieron rodar la bella y pálida cabeza de María Autoñieta.

II

Todavía tenía Laurita muy dentro del alma el eco adormecedor y ensañador de los violines y zinganos, música melancólica que habla de andanzas y de pasiones dolientes y recónditas. Había terminado aquel baile en la embajada. Lady Darsén era hija de lord Darsén, diplomático britano, pres y orgullo de las viejas cancellerías, rancias y de abolen-go como las reuniones del Fobourg

parisién. Había admirado con su padre los solesdiosos de las Indias y del Africa y la había arullado el mostálgico rumor de las canales venecianas bajo la luna, única, de Venecia.

Aquella noche, terminada la fiesta, advino al jardín señorial que circundaba el palacio. Quizá su espíritu se hallaba en una de las más complicadas crisis de sentimentalismo. ¡Oh!, necesitaba recordar, recrearse en aquél pecado de tentación que había mordido en su alma al conjuro mago de unos ojos sombríos fulgurando infortunios y tragédias, en el óvalo pálido y mate de una faz de bohemio.

Quizá fuerá obsesión, pero Laurita no había podido separar durante toda la noche, la mirada de aquél músico incomprendible que se revolvía con movimientos revolucionarios dentro de su frac de dudoso corte, como los personajes estupendos de Mürger.

Necesitaba meditar, allí en la calma y frescura del jardín, que encanto, que ilusión adormida había despertado en su alma la mirada loca, extraviada,—que mira cosas que no todos vén—de aquél hombre desde hacía algún tiempo, desde que llegó contratado como un fámulo para decir la música á cuyo ritmo tramáronse los valeses y los rigodones...

La luna hacia de la fronda un bello y luminoso jardín de ensueño. Y envuelta en aquel halo de luz, en la soledad de la noche, enervada por el perfume delicado y embriagador de las flores, Lady Darsén, que había venido á dar paz á su espíritu, sentía como más y más iba conturbándose...

—Milady...

Sonó la voz extraña, estremeceadora, como si todo alrededor de aquel sonido hubiera sido una oquedad inmensa Laurita bien creyó que la voz venía también de la luna, como la luz y como el encanto. Sintió luego una alucinación. En la plazoleta, junto al penacho diamantino del surtidor, erguíase, negra y alucinante la figura del perturbador. Avanzaba, avanzaba con los brazos extendidos en un abrazo desesperado de amor y deseos irrealizables. Y la voz misteriosa volvió á sonar.

—Perdón, Milady, perdón. Mi amor ha sido más fuerte que yo, y he permanecido aquí oculto, temeroso, esperando... ¿quién sabe? Acaso lo muerte, la muerte por los perros guardadores desgarrando mis carnes, estas carnes andoriegas que purifica el ascua de mi corazón. Porque yo, Milady, tenía un corazón aveuturero que viajaba por el azul y se bañaba en los rayos milagrosos de la luna. Hoy, Milady, os traigo mi corazón..

Y Laurita, fascinada y seducida

por el dulce rendimiento de aquella romántica declaración, sólo supo prender sus labios en los labios del galán mientras la vieja y pérfida luna hacía carantoñas persurdida de su maleficio en las almas sentimentales, al ver como una noble descendiente de la corte de los Estuardo caía en los brazos de un bardo traslumante y bohemio, durante la noche celestina de Castilla.

Constantino Amador.



A. R.—Valencia.

«Voy á contaros un cuento, lectores, muy rebonito...»

Dicen los lectores que se lo cuente usted á un guardia.

L. J.—Madrid.—Con esas aventuras de un tendero de comestibles nos ha dado usted el queso, amigo.

J. A. M.—Madrid.—Semejante hallazgo de una criatura abandonada nos ha enternecido encantadoramente. ¡Qué sentimientos tan generosos los de usted!

Procure encontrarse otra cosa que no necesite ama de cría y mándenola, que la admitiremos con mucho gusto... si nos hace más gracia que el rorro.

El fresco de Goya.—¿No habrá en todo Madrid dos arrojados como los de la Gioconda que arramblen con usted?

J. de S. Madrid.—No sirve.

E. R. A.—Madrid. Idem.

L. C.—Madrid.—Idem multiplicado por cualquier número primo.

A. P. L.—Apele á la Providencia «pobre hombre!», ya que nosotros no nos complicamos en la publicación de sus cosas.

Un doctor.

«Diez legüas corrió en berdad un jitano que acababa...» y acabamos de una vez.

R. P. del B.—Mérida.—No le sentaría á usted muy mal pasar un vistazo por esta sección y darse por aludido.

A. D.—Mérida.—Su cuentecito está muy bien de ropaje literario, pero la protagonista... ¡Ah, qué escasamente vestidita nos la deja usted al final!

Y esta es la verdad desnuda que justifica el por qué no se publicará su trabajo.

P. Z.—Valladolid.—No publicamos pasatiempos por ahora.

J. L. J.—Madrid.—¡Ya ve usted! Hoy son originales los dos trabajos que manda; pero... ¡tampoco sirven!

Cuestión de mala pata, como usted dice.

A. M. D.—Zaragoza.—Sí, señor. Se publicará el dibujo.

Aguijón.—Barcelona.—Mire usted: á los lectores de MADRID CÓMICO no les interesan las cosas políticas, y mucho menos si, como las que usted envía, son de política local.

El Imposible.—¡Hombre, eso de sacar punta á la enfermedad del Papa es un pequeño colmo...! Imposible, imposible canearse de ciertas cosas.

COMPRE USTED

TODAS LAS SEMANAS

ARTE TAURINO

el semanario de toros de mayor circulación

Informaciones gráficas de todas las corridas de España. — Colaboración de los mejores escritores taurinos.

PRECIO: 20 CENTIMOS

EN TODA ESPAÑA

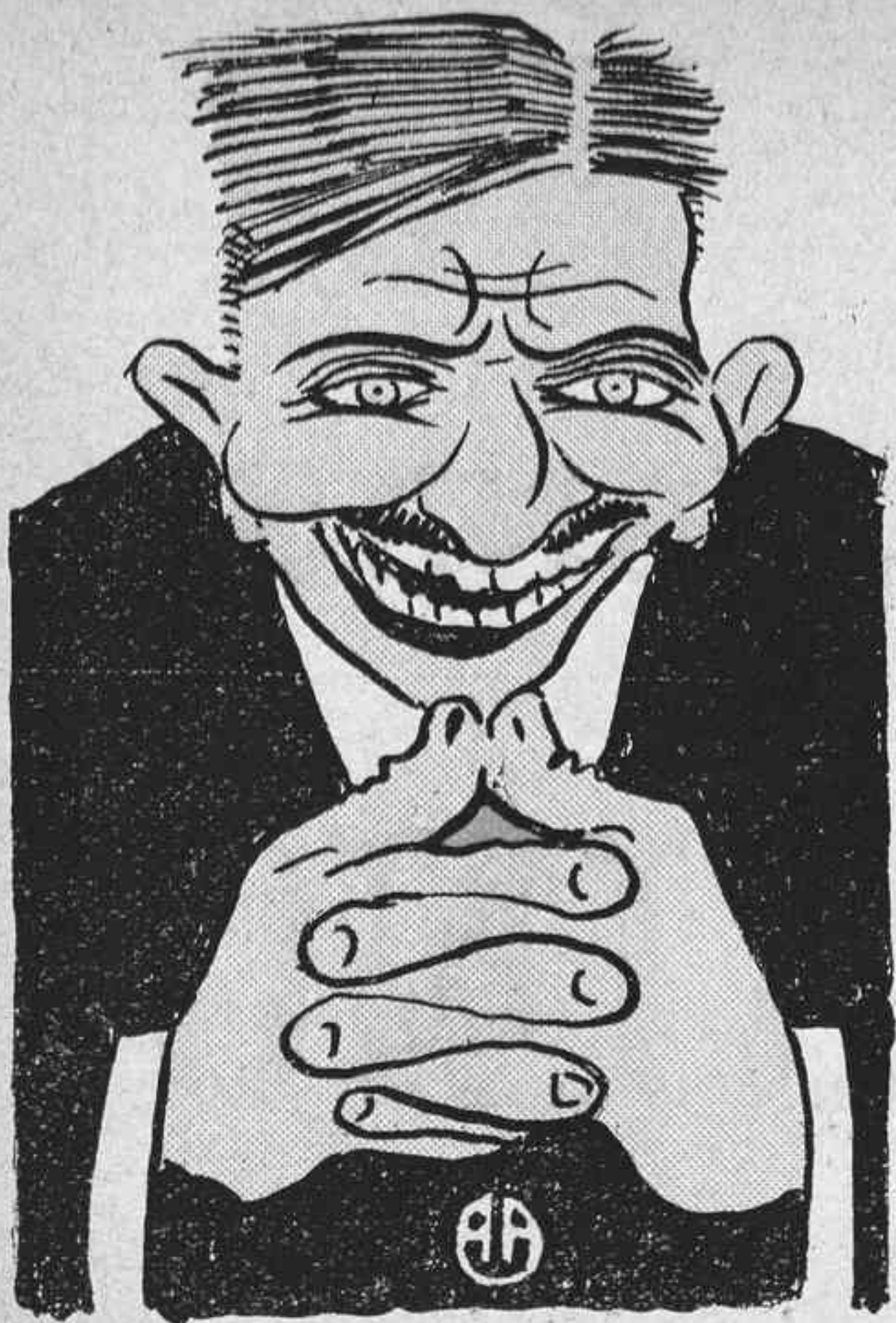
En breve aparecerá

EL CUENTO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL

Colaboración de los mejores escritores. — edición á todo lujo en papel couché.

—❧ VEINTE CÉNTIMOS ❧—



Por no enseñar la corbata,
que la cubres se conoce.
No harías eso comprándola
Mariana Pineda, 12.



¿Dicen ustedes qué fué
lo que con ella pasó?
Que la regalé un corse...
¡y que todo se arregló!
Regúlez.-Bordadores, 11.



Calzado quise comprar
y anduve de Ceca en Meca
hasta que logré encontrar
aquel que yo iba á buscar,
en la casa de Eureka.
Cedaceros, 11.

